

de ciertas facultades en la sociedad. El ave que ha de poetizar la primavera y ha de henchir con amorosos arpegios las florestas, es tímida y nerviosa como un artista; mientras el bruto carnicero que ha de combatir en el desierto por su vida y por la vida de su especie sustentadas con la matanza, tendrá uñas, garras, dientes, furia implacable, todos los instrumentos de la guerra. El ave doméstica se apropia de suyo al hogar, mientras el ave rapaz, que ha de caer sobre las especies inferiores para devorarlas, tendrá sus patas y sus picos tan afilados que arranquen las plumas y abran las entrañas con mas facilidad y prontitud que cualquier instrumento cortante. Naturaleza, que da las facultades en armonía con los fines, dotará con perspicaz olfato al cuadrúpedo carnicero y con perspicaz vista al ave carnicera tambien. Pues Naturaleza hizo á Ignacio con todas las facultades propias del militar de primer orden. Y cuando comenzaba con tanto empeño á ejercitar esas facultades, y habia conseguido grados y premios en la milicia que mostraban su aptitud extraordinaria, y que abrian á sus pasos una carrera de triunfos, detiéndole accidente horrible y le inhabilita para lo que constituia principalmente la capital ocupacion y el trabajo primero de su vida. Entonces, tendido en cama, penetrado de la imposibilidad en que se halla de volver á los encuentros y á las guerras, su principal ocupacion, piensa imitar la vida de los fundadores monásticos y la vida de los caballeros andantes, con el propósito firme de continuar combatiendo. Ya no podrá tener soldados, pero tendrá eclesiásticos; ya no podrá reunir una milicia material, pero reunirá una milicia espiritual; ya no podrá ejercitar su actividad inquieta y febril en los campamentos, pero la ejercerá en los claustros, para pasar á ser, como pedia su genio, el general mas imperioso y mas obedecido que han visto los siglos.

Naturalmente, la enfermedad cambia el modo antiguo de ser en su naturaleza; é impulsa por caminos distintos de los primeros caminos á su soberana vocacion. Pero vocacion y naturaleza permanecen las mismas en el fondo; y solo varian de objeto. El acostumbrado á las jácaras, el paje gozoso de la corte régia, el capitán alegre y aventurero, el enamorado y sensual, el saltador del cercado ajeno para procurarse frutas y flores que ofrecer en frescas enramadas sin fin á las jóvenes requeridas de amor, el galán pendenciero, el militar valerosísimo crecido en la Alhambra de Granada y estropeado en la

fortaleza de Pamplona; por el silencio y el reposo, á que sus heridas le condenan; por la concentracion del pensamiento dentro de sí mismo, que calcina su cerebro; por el dolor de la herida y de la cura que descoyunta sus huesos y adolora sus músculos; adquiere una horrible y aguda enfermedad nerviosa, la cual inspira, merced á las relaciones del temperamento físico y el temperamento moral, á su alma sobrecitada el propósito firme, que casi pudiéramos llamar monomanía incurable, de continuar la guerra con los enemigos del Dios de su gente y de su patria en otras esferas donde no podrá derramar la sangre de sus venas exhaustas, pero sí consumir su corazón y su pensamiento en holocaustos y sacrificios continuos. Así todo toma en este genio extraordinario el aspecto guerrero á que le llamaban de consuno su vocacion y su naturaleza. El se cree un caballero andante, y como tal, vela sus armas, jura sus banderas, consagra en el templo sus militares vocaciones é inicia una batalla perdurable que, para corresponder á su actividad y á su celo, debe durar mucho mas allá de la muerte. Cristo es para él un capitán como Belial otro capitán; la verdad un campamento como es otro campamento el error; y el bien una fortaleza como es otra fortaleza el mal, un ejército los ángeles del cielo y otro ejército los demonios del infierno; su orden una compañía militante y los herejes y los luteranos otra compañía contraria; mas de tal suerte, que reina el dualismo en la universalidad de las cosas, como reina el maniqueismo en la universalidad de sus doctrinas. Y este maniqueismo es lo mismo que fué tal teoría en sus comienzos, allá por el Oriente, la elevacion del carácter guerrero, propio de su naturaleza íntima y de su íntimo ser, á religion y metafísica.

Acostumbran los psicólogos modernos á estudiar una individualidad histórica, cual acostumbran los naturalistas á estudiar un ejemplar cualquiera en verdadero y profundísimo análisis. De todo se hacen cargo para escudriñar los móviles mas secretos de las acciones mas públicas. Segun ellos, no hay que descuidar ningun dato fisiológico para las observaciones históricas. Así, por ejemplo, estudian si el personaje histórico es hijo primogénito ó último de una familia; y estudian si esta familia tiene aptitudes extraordinarias ó enfermedades vinculadas en su sangre y transmitidas á sus descendientes. De aquí lo que llaman ellos el atavismo, nombre derivado del antiguo latino

«atavus», que Ciceron empleó para designar el cuarto abuelo y Horacio empleó para designar los antepasados y ascendientes. Así estos naturalistas de la historia observarían cómo Iñigo de Loyola, engendrado por su padre Beltran, señor de casa y solar en el término de Azpeitia, y por María Saez de Balda, hija de señores de casa y solar en el término de Azcoitia, naciera de una guerra continua entre dos familias rivales, cuyos combates ensangrentaran aquel suelo para resolverse y concluirse al fin y al cabo en este matrimonio; y ante tal dato dijeran los fisiólogos que Ignacio poseía las cualidades múltiples de aquellos dos ejércitos de combatientes, que hasta en el momento de reconciliarse por medio del amor entre sus respectivos herederos, engendraban la guerra. Circunstancia digna también de nota y estudio. Ignacio era el décimotercio hijo de aquel matrimonio. «Tuvieron estos caballeros, dice Rivadeneira, cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fué nuestro Iñigo, que con dichoso y bienaventurado parto salió al mundo para bien de muchos; á quien llamaremos de aquí adelante Ignacio por ser este nombre mas comun á las otras naciones y en él mas conocido y usado.» Estas familias, á pesar de su número, no solían difundirse mucho, porque la constitucion social de aquellos tiempos designaba de suyo el primogénito para la propiedad de la herencia y para la representacion de todos sus hermanos, y dividía los segundo-génitos entre la milicia y la Iglesia. Grande objeto de observacion este famoso ejemplar para los fisiólogos de la historia. Ellos, que quieren explicarlo todo por los nervios y por la sangre, podrían dirimir la contienda entre los primogénitos y los segundogénitos. Pues debemos decir que unos atribuyen á la primogenitura cualidades extraordinarias, como quieren la monarquía y los principios aristocráticos, mientras otros no le atribuyen á esta casualidad del nacimiento ninguna primacía. Boileau, el gran legislador de la literatura francesa, era el décimoquinto entre sus hermanos; Mozart, el primero de los músicos modernos, era el quinto entre sus hermanos; Malebranche, aquel filósofo cristiano que rayaba en el panteísmo idealista, era el décimo; mientras Napoleon el cuarto, Voltaire el tercero, Montesquieu el segundo, y Colon y Rafael y Newton y Goethe ó primogénitos ó unigénitos. Mas lo que á nuestra tesis del carácter guerrero de San Ignacio conviene; lo que importa es observar cómo este gran temperamento

de soldado ha tenido lo mismo en su ascendencia que en todos los medios ambientes, factores militares, los cuales, como sumandos, han compuesto por suma de cantidades homogéneas, la virtud sobrenatural de su intrínseco genio, nacido para una guerra sin tregua que le ha dado un renombre sin término.

Respondía el genio de Ignacio, no solamente á la raza y á la familia que lo produjeron y educaron; respondía también al medio social ambiente, como puede responder el vegetal á la vivificante atmósfera que respira y á la nutritiva tierra de que se alimenta. Cuando concluían las guerras feudales, y comenzaban las guerras religiosas; un hombre de aquella edad, para corresponder á su índole y encarnar su espíritu, debía divertir el pensamiento de otro cualquier objeto, y concentrarlo en la guerra, como finalidad postrera de su vida. Y no existía la guerra tan solo como factor esencial y característico de aquel tiempo; existían también como grandes tentadores los descubrimientos, en los cuales una parte considerable de la general actividad solía entonces emplearse. Al mismo tiempo que Ignacio ideaba su compañía, y que iba poniendo por obra el vasto pensamiento de su organizacion gigantesca, el estrecho mundo antiguo iba dilatándose y creciendo en maravillosas dilataciones é increíbles crecimientos, por la invencion de islas, archipiélagos, continentes surgidos de las aguas y exuberantes de poesía y de vida. En la corte de Isabel pudo Loyola ver á Colon vuelto de sus primeros viajes; y mientras caía herido de muerte, allá en Pamplona, llegaban á las orillas del Misisipí ó del Plata, y á los lagos de Méjico y á las cumbres de los Andes aquellos descubridores, cuyo genio, como el genio de los ángeles asistentes á la creacion primera, y portadores de la palabra creadora por el espacio desierto, esparcían á una, en la soledad del Océano, tierras y mas tierras, tan maravillosas é increíbles como las estancias ó estrofas cantadas por una imaginacion en delirio. El pobre inválido no podía sostener la guerra material de las armas, y por lo mismo iba con arrojo á sostener la guerra intelectual de las ideas; el pobre asceta, divorciado de la naturaleza y reñido con la vida, no podía buscar en los desiertos mares aquellas cunas de nuevos pueblos que componían el recién descubierto Nuevo Mundo; pero buscaba un sepulcro, el sepulcro de la Edad media, en los arenales del Asia, como cumplía naturalmente á su obra de re-

trogradacion y á sus propósitos de retroceso. Y esta retrogradacion, por él personificada, hallábase de suyo en consonancia y armonía con el estado general de los espíritus dentro del catolicismo y con el movimiento de las ideas ortodoxas en aquella extraordinaria sazón. Los brillantísimos Papas del Renacimiento habian desaparecido al par de los artistas á quienes inspiraran y sostuvieran; el absolutismo pontificio acababa de sustituir á la Iglesia parlamentaria y representativa de los dos anteriores siglos; al Concilio de Basilea y de Constanza, Concilios democráticos, habian sucedido los Concilios de Letran y de Trento, cortesano aquel, absolutista este, reaccionarios ambos; las órdenes monásticas habian creído indispensable una reforma, tanto en sus costumbres como en su disciplina, y habian forjado los teatinos y los cartujos; Pontífices de combate, absortos en la idea de moralizar al clero para contrastar al protestantismo, mejorando mucho la vida moral, fomentaban tambien mucho la reaccion ultramontana: ya no cabia, ni en el espíritu mas utópico, el ideal de reconciliacion eterna entre la Iglesia y la democracia, con que soñara Savonarola en las visiones de su inteligencia enardecida y en los latidos de su corazón enamorado; las ideas retrógradas tomaban cuerpo en la Iglesia y en el imperio á un mismo tiempo, y cuando nadie se acordaba ni del sintético *Interim* de Carlos V, ni de los esfuerzos empleados por los humanistas ilustres para evitar por medio de una grande armonía el rompimiento de la unidad cristiana occidental; cuando la reaccion estaba ya diluida, como una especie de gas, en los aires, vistió tal reaccion carne, sangre, hueso, hízose hombre, y se llamó Loyola.

No sé quién ha dicho que todo el espíritu revolucionario del siglo de las revoluciones, á saber, de la última mitad de la décimoctava centuria y de la primera mitad de la décimanona, se habia subido á la cabeza de Napoleon el Grande; pues bien, todo aquel espíritu reaccionario, que con tanta fuerza estallara en el mundo al mediar el siglo décimosexto, se subió á la cabeza de Ignacio de Loyola é inspiró todas sus ideas y determinó todas sus acciones. La nueva edad se lanzaba por los descubrimientos lusitanos y españoles en el seno de la naturaleza regenerada, y él contradecía con imperio la naturaleza y la tomaba como un campo de batalla sin paz y sin concierto; la nueva edad removía la razon humana, y él en su furor la condenaba con inapelable con-

denacion; la nueva edad esparcía los gérmenes y principios espirituales de la libertad individual, y él consagraba como virtud única el suicidio de toda espontaneidad bajo la mas servil obediencia; por manera que, atraído á la reaccion utópica é imposible, como á un abismo, ideaba la imposibilidad física, metafísica, moral, de romper y aniquilar la naturaleza humana tal como Dios la hiciera para servir y honrar á ese mismo Dios, contrariándolo en sus designios y en sus obras. De aquí una idea fija en su cerebro y una constante monomanía en su vida. De aquí la ceguera, imposibilitada por completo en su tenebroso espesor, de medir la distancia inmensa entre la realidad y el ideal. Su imaginacion cree hacedero todo lo que inventa; y como cree hacedero todo lo que inventa, cree fácil realizar en los límites muy estrechos de tiempo y espacio concedidos á la vida diaria, los milagros legendarios de la santidad litúrgica y hasta las aventuras fantaseadas é inverosímiles de la caballería andante. Ni un relámpago de luz verdadera iluminó el intrincado laberinto de confusos errores en que su inteligencia se perdiera y extraviara. Sobrecogióle primero una nerviosa indefinible agitacion que desgarró todos sus nervios como chispazo eléctrico, y descompuso toda su complexion como enfermedad mortal y crítica. Tras la descomposicion nerviosa, vinieron las alucinaciones magnéticas, y tras las alucinaciones magnéticas la idea fija. Lo posible y lo imposible perdieron á su vista las líneas concretas y clarísimas que los apartan y separan y distinguen. Desvaneciése la naturaleza material del Universo y la naturaleza moral del hombre ante su idea. La imaginacion predominó sobre todas sus facultades, y en tal estado, comparable á un verdadero sonambulismo, ideó aquel hombre detener con una organizacion material y mecánica, la corriente del tiempo, la lógica del pensamiento, los progresos de la humanidad, la emancipacion del espíritu, la victoria del libre exámen y el alba y oriente de la conciencia libre. Y para que no errara el pensamiento, prescindió del pensar; y para que no cayera la voluntad, prescindió del querer; y para que la conciencia no reivindicase y pidiese de suyo el exámen libre, entregó á la autoridad absoluta y al ministerio de un superior cualquiera la conciencia; tapóse los oídos á fin de no escuchar los reclamos de la razon, y dió por objeto y fin de la existencia el rígido frio y la inerte inmovilidad del cadáver.